

SINOPSIS RETROSPECTIVA DE LA CASA DE LOS CIEN ARCOS

Jesús Castañeda Arratia, maestro en Arquitectura;
cronista de la Facultad de Arquitectura y Diseño de
la Universidad Autónoma del Estado de México.



Resumen:

Revisión histórica de la Casa de los Cien Arcos desde una perspectiva arquitectónica y biográfica que describe las intervenciones que se le han realizado para darle suntuosidad y erigirla como templo emblemático del conocimiento.

La Casa de los Cien Arcos desde 1967 hasta la actualidad

La Casa de los Cien Arcos, hoy llamado Edificio Histórico de Rectoría, data del siglo XVIII; fue sede del Instituto Literario del Estado de México y punto de encuentro de liberales, como Ignacio Ramírez Calzada "El Nigromante", Ignacio Manuel Altamirano Basilio, Adolfo López Mateos, Daniel Cosío Villegas y otros excelsos mexicanos que en aquella época tanto prestigio brindaron a la nación.

Entré por primera vez al edificio emblemático de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM) en 1957, cuando estudiaba sexto de primaria, pues gané un concurso de dibujo donde el premio era un taller —a cargo del pintor chileno Orlando Silva Pulgar. El edificio me pareció austero: el Aula Magna "Lic. Adolfo López Mateos" tenía como estrado un entarimado y cortinas; contaba con asientos tipo mesa banco y carecía de isóptica. El aula en donde dibujábamos estaba junto al torreón poniente, tenía isóptica y un mobiliario antiguo y deteriorado, además de caballetes.

Regresé una vez más a la Casa de los Cien Arcos en 1961, cuando ya había ingresado al bachillerato de Arquitectura, por lo que la admiré desde otra perspectiva: la de un arquitecto en ciernes. El Aula Magna seguía como ya la había descrito, pero la balastrada del primer piso que da al patio poniente ya era de granito; y la puerta del recinto, exquisitamente ornamentada.

La alberca que existía en el solar oriente daba a la calle de Ignacio López Rayón, estaba sobre el nivel del piso y contaba con vestidores sin puerta; el foso profundo se encontraba en el lado norte y estaba adornado con la letra "V", hecha de azulejos, para recordar al grupo Vampiros. Esta alberca fue construida por el arquitecto Víctor Manuel Villegas Monroy.¹

Junto a la alberca, en el lado sur, estaba otro símbolo de nuestra universidad: el Árbol de la Mora,² y en la esquina nororiente del edificio había un gimnasio de gran altura con argollas colocadas ex profeso para realizar ejercicios.

En el torreón nororiente ya existía el Observatorio Meteorológico "Mariano Bárcena", dotado de extraordinarios instrumentos que hoy nos dan prestigio, y al que teníamos acceso solamente acompañados por maestros.

La fachada oriente del edificio era austera, con ventanas rectangulares, vanos y proporciones en las que predominaba el macizo. En la fachada poniente del edificio había ventanas elípticas rebajadas y un acceso en donde actualmente se encuentra el tercer torreón; esta entrada tenía proporciones antropométricas, sin jerarquía. Existen descripciones que afirman que uno de los accesos al Instituto estaba en la avenida Benito Juárez, justo donde ahora se encuentra el Museo de Historia Universitaria "José María Morelos y Pavón". Las fachadas del edificio tenían estucado de mezcla.

En la calle Benito Juárez, esquina con avenida Instituto Literario, antes avenida Álvaro Obregón, ya existía otro de los símbolos de nuestra universidad: el Monumento a los Maestros, con el tema Juventud y Senectud, estilo Art decó, obra del escultor Ignacio Asúnsolo Masón y del arquitecto Vicente Mendiola Quezada.³

La fachada norte no ha cambiado sustancialmente; sabemos que fue diseñada por José Luis Collazo, en 1883, auxiliado por el ingeniero Anselmo Camacho. En ésta predominan los sillares en las jambas, con capiteles corintios, jerarquizando el acceso con tres arcos de medio punto; en la parte superior estaba lo que conocíamos como Rectoría, con balcones centrales y un frontón, jerarquizando el frontispicio con columnas de proporciones exquisitas y otro frontón principal en el que se ubica un reloj que aún funciona. En la década de los ochenta conocí un proyecto del arquitecto Vicente Mendiola, en el que se pretendía recubrir con cantera el edificio. El proyecto estaba realizado en acuarela.

Actualmente se observa que en el coronamiento de la fachada norte del edificio existe una balaustrada que no cumple con las proporciones decimonónicas, ya que está muy alta y el inter balaustre muy abierto, pues se basó en la altura del perfil. En esta misma fachada, las ventanas que dan hacia la Sala "Ignacio Manuel Altamirano" fueron clausuradas, ya que tenía un uso diferente al actual.



¹ Dato que conozco porque fui compañero de su hija Rosa María en la preparatoria.
² El Árbol de la Mora fue rescatado por el ingeniero agrónomo Francisco Escobedo.
³ Cabe señalar que una de las actividades dentro del programa de Arquitectura era dibujar el Monumento a los Maestros.



Durante la década de los sesenta, en el edificio se encontraban la escuela preparatoria y diferentes licenciaturas que ofertaba nuestra máxima casa de estudios. La mayor parte del edificio era de adobe, a excepción de la preparatoria que se localizaba en la parte sur poniente y que era de concreto, ésta fue derribada posteriormente para ubicar el Jardín "Neoclásico". En el área donde se localizaba la Escuela de Medicina existía un mural de José Luis Calderón. El arquitecto Rodolfo Pérez Ramírez realizó un levantamiento del edificio que le sirvió de antecedente para su obra: la actual Facultad de Medicina.

En 1964, inicié la carrera de arquitecto y recuerdo que las aulas estaban donde hoy es el Museo de Historia Universitaria "José María Morelos y Pavón"; algunos de los espacios tenían duela de madera. En 1969 realicé mi tesis profesional en "encerrona", ya que estábamos prácticamente enclaustrados en lo que fueran las instalaciones de Medicina y colocábamos los planos y el papel para dibujar en lo que habían sido las planchas para disección de cadáveres.

La belleza actual del Aula Magna "Lic. Adolfo López Mateos" se debe al arquitecto Vicente Mendiola Quezada. La ornamentación es neoclásica, corintia —un lenguaje arquitectónico que dominaba el arquitecto magistralmente y que consiste en el manejo de basamento, imposta, pilastra, intradós, extradós, clave, salmer, arquivolta y enjuta, cuya proporción plasmó espléndidamente en la ornamentación aludida. Esta obra se llevó a cabo a mitad de los años sesenta y contaba con un plafón modulado plano de yeso. Es importante mencionar que el Aula Magna ya había sido previamente intervenida por el ingeniero Ignacio Guzmán, quien puso la primera piedra el 5 de octubre de 1900, inaugurándose el 29 de abril de 1905.

**LA BELLEZA ACTUAL DEL
AULA MAGNA "LIC. ADOLFO
LÓPEZ MATEOS" SE DEBE
AL ARQUITECTO VICENTE
MENDIOLA QUEZADA.
LA ORNAMENTACIÓN
ES NEOCLÁSICA,
CORINTIA —UN LENGUAJE
ARQUITECTÓNICO QUE
DOMINABA EL ARQUITECTO
MAGISTRALMENTE**

El ex rector Uriel Galicia Hernández convocó a una junta de notables en la que estuvimos presentes la arquitecta Susana Bianconi, el doctor Marcos Mejía López, el cronista Inocente Peñaloza y yo, que en ese entonces era el Presidente del Colegio de Arquitectos del Estado de México A. C.; propuse construir una bóveda de cañón, proyecto que fue magistralmente realizado por el arquitecto Marcos Mejía López, con la colaboración del escultor Víctor Gutiérrez, el ingeniero Raúl Vera Noguez y el arquitecto Adolfo Galván Espinoza. Esta intervención le dio mayor suntuosidad al recinto y logró que fuese un templo ecuménico del conocimiento que nos enorgullece y nos hace sensibles al pasado histórico de nuestro instituto, de los liberales que lo hicieron posible y de la actualidad universitaria.

Por su parte, el Jardín "Neoclásico" fue construido también por el doctor Marcos Mejía López y cuenta con una obra del escultor Víctor Gutiérrez. Actualmente ostenta dos columnas que exhiben las letras "B" y "J", que no tienen que ver con las iniciales de Benito Juárez, sino que se trata de símbolos liberales. En ese mismo jardín está situada la estatua de Sor Juana Inés de la Cruz; anteriormente se ubicaban ahí las estatuas de Ignacio Manuel Altamirano, —reubicada en el acceso principal del edificio—, y la de Ignacio Ramírez, —que se trasladó a la Facultad de Derecho.

En cuanto al tercer y cuarto torreón, ubicados sobre la avenida Benito Juárez y sobre Ignacio López Rayón, respectivamente, estos son también de la autoría del doctor Marcos Mejía López y del doctor Arturo Ocaña Ponce; el doctor Horacio Ramírez de Alba fungió como perito estructural.

Por último, tengo conocimiento de que las primeras intervenciones realizadas al Beaterio estuvieron a cargo de don José María González Arratia, en 1833; a él hay que reconocerle su vocación de constructor, pues le debemos Los Portales, el teatro principal y la Alameda.

Conocer la historia de nuestros espacios arquitectónicos debe ser una preocupación central de la cultura contemporánea, pues busca darle un espacio público al recuerdo privado; a través de esta crónica transmito mi testimonio y colaboro en la construcción de una memoria colectiva.

